



Secretos Inconfesables

UNA PASIÓN TAN PELIGROSA QUE
POCOS SE ATREVERÍAN

SAGA NO. 1

MERCEDES FRANCO

Secretos Inconfesables.

Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían.

Saga No. 1

Mercedes Franco

Tabla de Contenidos

[Capítulo I. Las verdaderas traiciones](#)

[Capítulo II. La princesa y el ogro](#)

[Capítulo III. El principio del fin](#)

[Continuará...](#)

[Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:](#)

Capítulo I. Las verdaderas traiciones

Cuando el Führer tomó el poder no sabía las consecuencias que esto traería para el país, y mucho menos en sus vidas. Hasta entonces la fuerte crisis económica en que se habían visto sumidos con la derrota alemana en la Gran Guerra, como se le llamaba hasta entonces, les llevó a buscar una esperanza, algo a lo cual aferrarse entre tantas desgracias y todos los malditos cadáveres pudriéndose en las calles.

Ese día 30 de enero de 1933 muchos fueron a ese lugar simbólico para celebrar la toma de posesión del Canciller, el desfile era impresionante, ver como miles de antorchas pasaban por las Puertas de Brandenburgo. La sensación era electrizante, emocionante, nadie fue inmune a ello, incluyendo el doctor André Ackermann. Al asistir a ese evento también, al igual que los demás, tuvo que reconocer que ese hombre ejercía sobre todos un magnetismo inexplicable.

La emoción que se respiraba entonces era algo inexplicable, éste aún se erizaba de sólo recordarlo. Los jóvenes, especialmente, estaban vibrantes de la emoción, muchos lucían sus recién adquiridos uniformes de la SA, y existía un buen ánimo general, así como una sensación de esperanza. Todos gritaban a coro la consabida consigna, mientras él proclamaba su discurso lleno de palabras altisonantes sobre la supremacía de los arios.

Sin embargo, Ackermann era lo suficientemente inteligente para no dejarse influenciar por ese hombre que ni siquiera era alemán, sencillamente no le inspiraba confianza. Y aunque quería mantener el buen ánimo no mostraba muchas esperanzas que esto fuese la verdadera solución para su querida Alemania.

También fue testigo de las atrocidades a las cuales algunas recurrían para sobrevivir, incluso a costa de la vida de otros. Entonces llegó este hombre, les prometió salir de las sombras y recuperar la supremacía alemana que había sido robada por los franceses, y todos aquellos países

que fueron tan culpables como ellos de toda esa terrible matanza, pero que se lavaron las manos en medio de tanta miseria. Él representó la esperanza para todos, con esa manera de hablar, tan enérgica los hizo sentir orgullosos nuevamente de ser alemanes.

A sus 28 años tenía la madurez y los conocimientos necesarios para entender de forma temprana que todo eso no era más que un gran error, ese hombre no representaba libertad, sino que era el arquetipo de su propia justicia, de una sociedad que lo había orillado al ostracismo, de la cual se vengaba a costa de todos, por puro y simple capricho, con las motivaciones más mezquinas del ser humano, es decir, por ego. Por su profesión no podía dejar de analizarle, dándose cuenta que era una persona profundamente enferma.

No era una persona interesante, ni mucho menos, no era un héroe de guerra, ni un gran militar o estadista. Era nadie, uno más entre el montón de alemanes que sólo formaban un tumulto anónimo, un profesional sí, aunque destacado, pero eso para el Partido Nacional Socialista no representaba mucho. Pero el destino le orillaría hacia ese sistema sucio para hacer algo sobresaliente, aunque aún no lo sabía.

Recordaba esa sensación de adormecimiento en la lengua, de cómo la guerra se había llevado todo, menos su esperanza. Pero ese día 10 de agosto de 1950 se había propuesto escribir un testimonio de cómo había sobrevivido a esa guerra, de cómo estuvo en medio del huracán y logró superar al holocausto más grande que el hombre moderno haya podido contemplar. Y de qué manera dentro de él aun habitaba un rescoldo que no se pagaba jamás.

- Ackerman, cómo está.
- Muy bien y usted señor Scholtz.
- Qué le parece, al fin con este hombre podremos ser libres, esos malditos franceses tendrán que comerse sus palabras y sus sanciones.
- Así es, le respondió sin mucho entusiasmo, no estaba seguro que opinión dar al respecto, pero sus instintos le decían que lo mejor era mantenerme neutral.

- Y bien, este hombre Hitler es el líder que estábamos necesitando, ahora sí saldremos de este desastre del cual todos esos políticos no nos han podido sacar, esos comunistas y toda esa lacra, incluso Hindenburg con sus posturas recalcitrantes e intolerantes.

- Eh, sí, bien señor Scholtz lo dejo, tengo que hacer algunas cosas, le dijo para salir de la molesta conversación, después podemos tomarnos un café.

- Sí claro Ackermann, cuando guste.

Subió los 200 escalones que lo separaban de su departamento, sin ganas abrió la puerta para descubrir el lugar solo y oscuro. Cuatro años atrás había perdido la alegría de vivir cuando murió su esposa Helga, aún tenía su foto en la mesita de la sala, era hermosa, un verdadero portento de belleza germana, su cabello rubio y ondulado, sus ojos profundamente verdes y su piel blanca como la porcelana.

- Me haces falta, le dijo, mucha falta, amor.

Y el silencio le respondió con su aterrador eco, profundo y solitario, el oscuro apartamento parecía un reflejo de sus propios sentimientos, la luz se había perdido entre los resquicios de las cosas amontonadas en los rincones. Si Helga hubiese visto eso se habría molestado mucho, imaginó su cara de desaprobación al ver las pilas de libros de medicina amontonados en uno de los rincones de la sala.

Dio un suspiro de melancolía, la verdad no tenía tiempo, ni ánimos para ponerse a arreglar ese apartamento, era hora de buscar a una persona que se encargara de esas cosas, Helga sabía cómo hacer de ese lugar un espacio maravilloso, pero él era otra historia. Se sentó en el sofá y subió su cabeza para mirar el techo, observó con horror que entre las vigas se asomaban algunas telarañas las cuales envilecían el espacio. Antes eso hubiese sido inadmisibles, Helga era una artista de la limpieza y adoraba la luz del sol veraniego entrando por el ventanal de la casa, con ella toda la estancia siempre tenía un cálido olor a lavanda.

Ahora el mundo parecía mucho más pequeño y oscuro, se había reducido a las 10 cuerdas que

lo separaban de su consultorio, el hospital, la vida de sus pacientes, la tienda de comestibles y los momentos dedicados a su estudio e investigaciones personales. Incluso luego de la muerte de Helga la profunda depresión en la que se había sumido le impidió continuar con sus horas como docente en la Universidad Técnica de Berlín.

Poco a poco se fue sumiendo en una terrible depresión, y cada vez se le hacía más difícil escuchar a sus pacientes y tratar las causas de sus problemas. Para él, además, la psiquiatría era una ciencia que debía avanzar, ya que aún se usaban métodos que consideraba atrasados para su tiempo, y que solamente sometían a dolores innecesarios a los pacientes.

Recordó a Gertrude, una infortunada paciente que había sido sometida a constantes tratamientos de electroshock, y que terminó volviéndose loca por las descargas, había arremetido desesperada contra el médico y entonces fue sometida a una lobotomía que la dejó lisiada de por vida. Esta terminó en un hospital psiquiátrico, con la mirada eternamente perdida en el horizonte.

Era hora de exponer otras técnicas más evolucionadas, las cuales, de acuerdo a sus estudios debían enfocarse más en hacer que el paciente pudiese salir adelante por sí mismo, generando estrategias que le permitieran hacerse más funcional con relación al entorno. Algunos de sus colegas lo veían como demente, a que el enfoque Freudiano y el tratamiento con drogas eran altamente efectivos en pacientes con demencias, y aunque él entendía que en casos graves era necesario un tratamiento más complejo era injustificable someter a esas personas a todo tipos de cosas que parecían sacadas de la época medieval, y que resultaban indignos para la medicina moderna.

Así en su tesis proponía la importancia de la conversación y sobre todo de establecer un programa para el paciente con ejercicios que le permitieran superar sus fobias y miedos, haciéndose un completo revolucionario en la materia. Su fama de había ido acrecentando y ya, muy a su pesar, contaba con diversos pacientes entre los militantes del partido Nazi.

Una vez que el Führer ascendió al poder, se fue dando cuenta que las medidas tomadas por los

altos dirigentes sólo causarían una reacción en cadena que generaría un completo desastre en la sociedad alemana. Uno de estos casos era el conocimiento a voces de ciertas personas que eran llevadas a clínicas de “rehabilitación” y nunca más aparecían, en ciertos casos con anuencia de sus familiares y en otros simplemente nunca más se les volvía a ver. Entre ellos contaban con personas con retraso mental, que estaban gravemente lisiados e incluso aquellos a quienes se les había tildado de homosexuales, comunistas y otros líderes políticos.

Poco a poco se empezó a respirar una atmósfera pesada, y se sembró cierto pánico entre los ciudadanos, pero nadie se atrevía a decir nada. Las investigaciones habían comenzado y todos los que estaban expuestos a ellas podían tener claro que si se conseguía alguna rama espuria entre sus antepasados esto les perjudicaría gravemente.

Los días se sucedían entre chismes y comentarios de las nuevas novedades y parecía que no acabarían nunca. Él hacía caso omiso de la mayoría de ellas que solamente eran chismes, pero en otras situaciones veía con horror que los comentarios eran ciertos, Por ejemplo el día que el señor Isaac Sherman había sido apaleado por transitar en la plaza. El señor Sherman era una persona respetable y un excelente comerciante, pero de un día para otro parecía haberse convertido en el enemigo, un objetivo para atacar.

Las cosas siguieron así hasta el día que fue invitado a una cena con los militantes del partido Nazi, se decía que los altos dirigentes del partido estarían ahí, e incluso se manejaba que el propio Hitler en persona asistiría. Aunque no deseaba ir le era conveniente por asuntos laborales, el trabajo había mermado como consecuencia de las propias legislaciones del gobierno Nazi, por ende él se había visto en la obligación de buscar trabajo en un hospital público, examinando a los pacientes y luchando para que no los enviaran a las clínicas donde sabía que estos serían masacrados.

Ahora todo debía manejarse de forma confidencial, como un gran misterio, una visita a un psiquiatra representaba una muestra de debilidad. Por ende, había que andar con buen tiento,

afortunadamente para él entre sus clientes de la SS habían oficiales que necesitaban de “medicinas” para poder aguantar las intensas jornadas a las que se veían sometidos, y él quisiera o no debía recetarlas, al menos si quería seguir trabajando y teniendo una vida libre, sin el acoso al cual estos oficiales sometían a los que no se plegaban a sus designios.

Esa noche deseaba, pese a todo pronóstico, mantenerse al margen de los temas de discusión de la supremacía Nazi, los judíos y todos esos aspectos pesados que a muchos de ellos le gustaban tratar. De pronto, entre la multitud emergió una figura interesante, una espigada mujer de cabello rubio y grandes ojos verdes, en su boca a pesar de sonreír se dibujaba una especie de tristeza, un aura de pensamientos lejanos, y parecía muy ajena a todo cuando sucedía a su alrededor.

Las demás mujeres que allí estaban reían y algunas incluso bebían con los oficiales más de la cuenta, cosa que en otros círculos hubiese sido mal visto, pero allí se les motivaba a tratar con ellos, incluso algunos hombres que se sabían casados estaban allí con otras mujeres que no eran sus esposas. Esto chocó con la moral puritana de André, quien estaba acostumbrado al respeto y al matrimonio como una sociedad inalienable.

- Ackerman que gusto nos haya podido acompañar, le dijo el oficial Ernest Klink, el cual ostentaba un alto cargo en el partido Nazi, y se caracterizaba por su falta de tacto y prudencia.
- Buenas noches, gracias por invitarme.
- No podría dejar por fuera a tan insigne figura, además el Brigadeführer Volker Otis Furtwangler está aquí, y me pidió que lo invitara.
- Excelente, muchas gracias por la deferencia.
- Por cierto está por allá, venga para presentárselo.
- Y qué desea conmigo.
- Francamente no lo sé, pero me pidió eso, y usted sabe que el general Otis no admite un no como respuesta.
- Bien, entonces vamos.

Avanzaron entre la multitud, algunos tenían cara de haber bebido más de la cuenta, se denotaba el derroche y el exceso de dinero desde las costosas bebidas, la decoración, la ropa de las mujeres y la comida, que chocaron en André por contraste con la miseria que se veía en algunas zonas de la ciudad. La inminente guerra ya comenzaba a cobrar sobre los fondos del país.

- Buenas noches general.
- Buenas noches Klink.
- Aquí está, como se lo prometí el propio Ackerman en persona.
- Oh bien, buenas noches doctor Ackerman.
- Buenas noches general Otis.
- Bien, retírese por favor Klink.
- Muy bien señor, e hizo una reverencia militar.
- Esta fiesta es muy agradable, gracias por invitarme señor.
- No lo invité para disfrutar de una fiesta Ackerman, sino para otra cosa, le dijo cortante.

Volker era un hombre alto, espigado, fuerte y enérgico, que le miraba con completa seguridad con sus penetrantes ojos azules, parecía casi no tener cejas, pues era un hombre muy rubio, y esto le daba un aspecto más agreste y rudo, casi amenazante. Era un hombre de 43 años que respetaba los parámetros del Führer, pensaba que un verdadero hombre alemán debía ser alto, fuerte como una columna y como decía Hitler “rápido con un galgo”.

- Oh bien señor, usted me dirá en qué puedo ayudarle.
- Venga conmigo, por aquí, y entonces lo condujo por un pasillo hacia una oficina.

Cuando entraron este se sorprendió del gran lujo y distinción que se respiraba en el lugar, desde los muebles pasando por toda la decoración que exudaba una completa sofisticación, los muebles de cuero y con sucintos adornos abigarrados en un estilo art decó, no muy patrióticas para los tiempos que se estaban viviendo.

- Siéntese Ackerman, aquí, le dijo señalándole uno de los mullidos y exquisitos muebles.
- Bien general, como usted diga.

- Se preguntará el porqué de tanto protocolo.
- En realidad no general.
- Bien, entonces le diré, no sé si conoce a mi esposa, Frau Dorota Furtwangler.
- No, no he tenido el gusto de conocerla.
- Bien, lo cierto es que últimamente no se ha sentido muy bien, y yo he creído conveniente que usted la revisara, por supuesto en la suma discreción que bien conoce, y como ya me lo han referido y recomendado algunos de mis oficiales por su profesionalismo.
- Por supuesto señor, como médico trabajo en la más estricta confidencialidad.
- Bien, ese es el protocolo que manejaremos, y usted conoce que soy sumamente estricto con mis requerimientos, si no se cumplen de la manera que le digo usted podría meterse en serios problemas señor, porque esto es un asunto...
- Ni más faltaba general, no es necesario eso, yo sé respetar perfectamente la privacidad de mis clientes, no tiene nada que sospechar acerca de mi ética como doctor, conozco perfectamente los protocolos, y personalmente como usted ya sabe he tratado con algunas personas de su partido en completa discreción.
- Perfecto, entonces empezaremos pasado mañana, pero obviamente no en su consultorio eso sería algo estúpido, usted irá a una dirección que yo le daré, y allí en horas de la tarde, para que no hayan sospechas de nada ¿me entiende?
- Perfectamente general.
- Perfecto, ya puede retirarse Ackerman, le dijo con una sonrisa un tanto siniestra.
- Bien, respondió tratando de disimular el terror que este hombre amenazante le causaba.

Se levantó con las piernas petrificadas, era lo último que hubiese querido, involucrarse con uno de los militares de alto rango como este, ponerse en la mira de un hombre tan poco recomendable podría tener consecuencias muy negativas para su vida. Entonces cuando salió detrás de él venía el general y la hermosa mujer rubia que había visto más temprano se le acercó con rostro un tanto apagado y él le pasó el brazo por la cintura. Entonces se lamentó de su mala suerte pues se dio cuenta que la bella dama que tanto le había gustado era nada más y nada menos que Frau Dorota

Furtwangler.

- Doctor le presento a mi esposa.
- Mucho gusto Frau Furtwangler.
- Mucho gusto doctor, le dijo con una voz un tanto apagada.

Sus ojos parecían perdidos y delataba realmente un estado depresivo extremo, con profundas orejas mal disimuladas con maquillaje. No pudo dejar de observar sus labios, eran un tanto gruesos y plegados como a punto de dar un beso, y esos ojos parecían como el agua de un intenso tono verde cristalino y puro.

- La fiesta es muy agradable, dijo para tratar de disimular su turbación.
- Sí, dijo el general mirándolo de arriba abajo con desprecio por el tonto comentario.
- Sí, dijo su esposa y bajó la vista al piso.
- Bien doctor, un placer hablar con usted.
- Igualmente general.

Entonces este se alejó caminando y sujetando más con dureza que con ternura a su esposa, él la vio alejarse y se sentía mal por ella, se preguntó como una mujer tan hermosa podría haber caído en los brazos de un salvaje como ese, que se veía por encima la clase de hombre que era. A veces pasaban cosas así en la vida, tal vez un matrimonio por conveniencia, eso era lo más común.

- Buenas noches doctor, le dijo una hermosa pelirroja con una sonrisa de oreja a oreja.
- Buenas noches señorita, ¿la conozco?
- Usted no me conoce pero yo a usted sí.
- No creo tener la suerte.
- Para que vea le dijo con audacia pasándole un copa de champaña.
- Gracias, le dijo admirado con la audacia de la mujer.
- Y bien, qué le parecen las fiestas del partido.
- Muy buenas en realidad, buena comida, buena música, interesantes personas y...hermosas mujeres, le dijo mirándola con galantería.

- Oh doctor, podemos decir que la comida y las hermosas mujeres es cierto, porque seamos sinceros, lo más interesante que hay aquí somos usted y yo.
- Jajajajaja señorita tiene usted un muy particular sentido del humor.
- Sólo soy sincera.
- Cómo se llama usted señorita.
- Para usted soy Mae, dígame simplemente Mae.
- ¿Mae? Como Mae West.
- Jajajajajaja sí, soy actriz.
- Ya veo, pero déjeme decirle que usted es mucho más hermosa que esa rubia.
- Lo sé, pero ella es más famosa que yo.
- Y esas son sus aspiraciones en la vida.
- Sí, quiero ser una gran actriz como Marlene Dietrich, mire que lejos ha llegado.
- Al parecer le gustan las rubias.
- Jajajajaja me gusta la fama, diría más bien.
- Pero no me ha dicho de dónde me conoce.
- He oído hablar de usted doctor trabaja con alguien que conozco.
- ¿En serio? ¿Quién?
- Eso no importa, volvamos al tema de la fama ha visto usted el Ángel Azul.
- Sí querida, pero la verdad no la veo como una buena película.
- Eso no importa, hay mucho estilo en esa mujer y le aseguro que yo seré igual que ella, le dijo haciendo un gesto audaz con su mano.
- Usted es una mujer muy segura de sí misma Mae, y espero que logre todo lo que se propone en la vida, le dijo tratando de apartarse del lugar.
- Espero doctor, no se vaya, o es que soy tan aburrida así para usted.
- No para nada, dijo mientras trataba de mirar a Frau Furtwangler con la que había coincidido por unos segundos.

La mujer hizo un gesto levantando sus cejas y sonriendo de lado con sus hermosos labios color

escarlata.

- Tenga cuidado con esas miradas doctor, o puede meterse en muchos problemas.
- A qué se refiere, dijo él un tanto molesto.
- Me refiero a Otis, ese hombre es un animal.
- Cuidado señorita, creo que es usted quien debe tener cuidado con sus palabras, Volker es un hombre realmente explosivo, posesivo diría yo.
- Usted parece conocerle muy bien.
- A ese hombre nunca termina de conocersele, le dijo acercándosele al oído.
- Señorita, quien es usted le dijo él sospechando de ella.
- Por favor doctor, necesito que usted salga de aquí conmigo, que todos piensen que nos hemos ido juntos, a lo que sea, a usted sabe qué.
- Se ha vuelto loca señorita.
- No, por favor, necesito que lo haga, es la única manera que nadie pueda sospechar.
- No entiendo.
- Necesito que me haga un favor.
- Cuál.
- No le puedo decir aquí, por favor váyase conmigo, hablamos fingimos haber bebido, nos vamos juntos y luego le digo lo que pasa, es algo urgente, le dijo mirándolo con cara de desesperación.

Él se quedó mirándola, haciendo un análisis de sus gestos y la forma como lo observaba, la manera como estaba parada y los gestos de sus manos, parecía real y se veía realmente desesperada.

- Bien señorita, pero nada de salir ebrios.
- Bien, como quiera pero así es más realista.
- Soy un doctor señorita, no puedo aparentar ser un borracho.
- Usted no, pero yo sí.

- Bien como quiera señorita.
- Traeré más champaña.
- Como quiera, le dijo él, pensando en qué problema se habría metido aceptando las insinuaciones de esa mujer.

Ella avanzó moviendo sus caderas ceñidas en ese sensual vestido rojo que dejaba ver hermosa espalda, blanca como la porcelana, su melena hasta los hombros brillaba con ese tono rojizo intenso y hermoso, caminó hasta el otro lado del salón, y se volteó para ver si él la estaba observando, y sonrió efectivamente cuando se percató que así era. Tomó con sensualidad las dos copas y luego se volvió hacia él con una sonrisa se la entregó en su mano.

- Gracias señorita.
- Dime solamente Mae.
- Por qué seguimos jugando a esto.
- Porque aquí hasta las copas tienen ojos, usted sólo sígame la corriente doctor.
- Estoy muy grande para juegos.
- Por favor doctor, sólo usted puede ayudarme, usted está alejado de todo esto.
- Cómo lo sabe.
- Lo sé, como sé que le ha llamado la atención Frau Dorota, pero eso es casi como la muerte, así que le conviene que lo vean saliendo de aquí conmigo, es lo mejor para usted.
- Bien, tómese su copa señorita, y sígame contando de esas interesantes aspiraciones tuyas en el cine.
- Pues, entonces le contaré que soy muy buena actriz, he trabajado en teatro y espero llegar al cine, pero en Estados Unidos señor, allá es donde está el dinero Mary Pickford, Pola Negri, Claudet Colbert, todas se han formado desde abajo, allí hay oportunidades para todos, es la tierra de las oportunidades.
- Cierto, eso he oído, dijo él tratando de fingir una conversación animada con la mujer, pero preocupado pensando qué tan buena actriz era, y para quién estaba actuando realmente.

- Dicen que Charles Chaplin le da oportunidades a damas así, hermosas como yo, y que con sus películas pueden aspirar a salir adelante en Hollywood.
- Excelente señorita, entonces debería hacerlo, partir a América para lograr sus sueños.
- Usted no me dirá que es una completa locura.
- En lo absoluto, yo siempre he pensado que uno debe ir tras sus sueños.
- Lo mismo digo doctor, mi madre hace tiempo que perdió las esperanzas conmigo, dice que nunca seré una mujer decente, usted sabe, de esas que andan con cara de tragedia detrás de un hombre, teniendo hijos y atendiéndolos, no nací para eso.
- Y cree que esa es la conducta de una mujer decente.
- No lo sé, ni me interesa, nunca he aspirado a ser una mujer decente.
- Vaya, tales palabras señorita no debería pronunciarlas en voz alta.
- Cree que si lo fuera estaría en esta fiesta, solamente a Vólker se le ocurre traer a su infortunada esposa a este lugar, vea a los demás oficiales, a cuáles ha visto con sus esposa, todas esas chicas han sido escogidas para “entretener” a los oficiales.
- Y, perdóneme la pregunta, usted es una de esas señoritas.
- No jajajajaja, ya quisiera yo ser una de ellas, las ve, lucen tan despreocupadas y felices están ajenas a todo lo que pasa a nuestro alrededor doctor.
- Y qué es lo que pasa a nuestro alrededor señorita.
- Usted lo ha visto, cosas terribles, terroríficas, y no ha visto nada, yo desearía nunca haber visto nada también, porque ahora no puedo volver atrás.
- Tranquila, es mejor no hablar de eso, quédese aquí, déjeme ir por dos copas más.

En ese momento uno de los camareros pasó con una bandeja llena de la mejor champaña, y él tomó dos copas pasándole con delicadeza una a la mujer.

- Y bien, sigamos bebiendo entonces.
- Sí, pero no hablemos de temas, digamos álgidos, es mejor mantener la conversación ligera, en ese momento llegó Klint y los interrumpió.

- Oh rayos Ackerman, ya veo que no pierde usted el tiempo, esta noche ha tenido una buena pesca.
- Así parece señor, le dijo siguiéndole la corriente.
- Esta hermosa señorita es todo un portento, le dijo pasándole la mano por la cabeza, ella fingió una sonrisa mientras él lo hacía.
- Sabe que hoy me topé con un grupo de estos, estos, como diría, indeseables judíos, ¿no le parece que son una desgracia para nuestra país?
- A qué se refiere Klint, dijo André, tratando de mantener la compostura.
- Me refiere a que deberían sacarlos de Alemania, es tiempo que el dinero esté en manos de alemanes y no de esos malditos judíos. Estoy cansado de verlos con las manos llenas de dinero mientras muchos alemanes se mueren de hambre, pero el Führer cambiará eso, la economía debe estar en poder de ciudadanos germánicos legítimos, y no de esa escoria.
- Es usted muy apasionado en su discurso Klint.
- Como debe serlo todo buen alemán señor, o acaso usted es un defensor de esa no diría gente, de esos seres que obviamente son inferiores a nosotros.
- No he dicho nada señor, sólo que prefiero hablar de temas más livianos, como el que me estaba comentando la señorita.
- Ackermann me decepciona, pensé que usted era un hombre más despierto, pero ya veo que la señorita lo tiene obnubilado, y bien, no lo culpo, espero la pase muy bien esta noche, le dijo con un gesto mordaz, y sus vivaces ojos azules centellaban como si buscara en su mente algún recuerdo.
- Bien Klint entonces entenderá el porqué de mi desapasionamiento por sus temas de conversación.
- Entiendo perfectamente Ackermann jajaja, es usted un bribón, y yo que lo hacía un tipo más bien chapado a la antigua, me sorprende, y gratamente, le dijo atreviéndose a darle un pequeño codazo, algo completamente inaceptable en una sociedad respetable.

La mujer escrutó a Ackermann y verificó el malestar que había expresado por el gesto del oficial, dándose cuenta que era cierto lo que pensaba de él, era un caballero, que le molestaba esas expresiones vulgares y de mal gusto, tan a tono entre la intimidad de los militantes del nazismo, sobre todo de ciertos militares de rango medio. Se hablaba de las fiestas fastuosas y el despilfarro, pero también de las orgías que se sucedían en el pleno corazón de Berlín, fiestas en las cuales se les suministraba a los soldados abundante alcohol y mujeres dispuestas a lo que fuese por dinero.

- Escuché que el Führer vendría aquí, dijo André al oficial.
- Le informaron mal, él jamás vendría a este tipo de reuniones, es un hombre digamos de gustos más discretos.
- Me imagino, dijo él sin creerle mucho.
- Bien, los dejo para que continúen hablando, después repasaremos algunas notas, le dijo a Ackerman quien trató de disimular el desagrado que le producía las confianzas del oficial.
- Y bien doctor, no ha simulado usted muy bien sus sentimientos hacia el oficial.
- Usted tampoco.
- Ese hombre es un completo descerebrado, puro músculos y altura, un verdadero portento de la raza aria ¿no cree usted? Es el perfecto soldado de Hitler, rubio y listo para dispersar la semilla de la raza suprema.
- Y usted cree en eso o esto es otro de sus sarcasmos.
- Me gustaría creerlo, sabe doctor, quisiera pensar que realmente descendemos de los atlantes y todos esos cuentos tan bonitos, pero la verdad es que no, porque cuando usted ve a personas hacer cosas atroces se da cuenta que no pueden descender de los atlantes, sino de alguna especie de animal carroñero, sucio y vil.
- Cuidado con sus palabras.
- Yo juego doctor, puedo darme ese lujo, pero usted no, porque es un hombre serio, en cambio yo soy casi una mujer devaluada, mi única oportunidad es huir de todo esto, lejos e

inventarme una historia, otra vida, bien alejada de toda esta basura.

- Me intriga señorita, me intriga, ¿hasta cuándo vamos a estar aquí actuando?

- Hasta que yo le diga doctor, sólo espere.

- Sabe, estoy sospechando que soy parte de algún plan que se trae entre manos, y si es así le ruego que me deje fuera de él...

- No, no quiero traerle problemas de ningún tipo doctor, usted se nota es un buen hombre, yo soy punto menos que una dama, no puede aspirar a ese tratamiento, digamos más bien que soy una mujer desesperada, a punto de la entera desesperación, tanto como para estar con esos cerdos.

- Señorita Mae.

- Bien, ahora doctor, vámonos, dijo dirigiéndose al mayordomo para solicitarle su abrigo, venga rápido.

Otis se les quedó viendo al trasponer la puerta de entrada, mientras salía con la mujer éste le sonrió y le agitó con descaro la mano, como con complicidad, sin importarle que estaba su esposa al lado.

- Bien doctor, ahora contará con la simpatía del general, eso es muy importante para usted.

- Entonces debo entender que me ha hecho una especie de favor.

- Algo así, venga, por aquí está mi auto.

- ¿Usted tiene auto?

- Yo no pero un amigo sí, le dijo indicándole el elegante carro estacionado al otro lado de la calle.

- Entremos, me estoy congelando.

- Muy acogedor sin duda.

- A la 25 con Alexanderplatz.

- Es su casa.

- Digamos que sí, es el lugar donde me estoy hospedando.

- Es un lugar elegante.
- Sí, tengo un buen amigo que me está ayudando.
- Y ahora yo seré otro amigo que la ayuda, me imagino.
- Una chica siempre debe estar rodeada de buenas amistades en estos días doctor, dijo haciendo caso omiso del chofer.
- Esto es nuevo para mí, yo...
- Se le nota, se nota que usted es un hombre de casa, un animal doméstico, si me permite decirlo en esos términos.
- Usted tiene razón, pero no creo que eso sea malo.
- Al contrario usted es mi tipo, es precisamente el tipo de hombre que más me gusta, sencillo, sincero y de buenos sentimientos.

Cuando al fin llegaron él pudo comprobar que el sitio era realmente suntuoso, era una construcción moderna de líneas simples y sólidas, menos abigarradas y más práctica que aquella de la zona antigua, perteneciente al período de los emperadores, a la república de Weimar. Definitivamente eso ya era el pasado, y aunque él no la había vivido su madre la evocaba con cariño, como algo entrañable.

- Llegamos, le dijo con una sonrisa, gracias Holmberg.
- De nada señorita.
- Bajémonos Ackerman, le dijo abriendo la puerta ella misma, como una mujer de mundo.
- Y ahora hacia dónde vamos, le dijo él un tanto desorientado.
- Es aquí, sígueme.

Subieron el montón de escalones, y al llegar al final él estaba francamente cansado, respiró profundamente para tomar oxígeno, mientras ella lo veía con un gesto de sorna en sus labios.

- A juzgar por tu figura pensaba que estarías más en forma Ackermann.
- Ni hablar, creo que deberás mudarte a un lugar más abajo.
- Por qué dijo insinuante, piensas visitarme con mayor asiduidad.

- No, pero deberías mudarte al menos que quieras matar a alguien.

Ella abrió la puerta y entonces ingresaron al apartamento. Él no sabía que esperar, pero cuando ella encendió la luz el lugar era muy lujoso, con lámparas de arañas colgando y hermosos muebles de cuero muy parecidos a los que Otis tenía en su oficina. En las paredes colgaban cuadros de paisajes magistralmente ejecutados, y eran obviamente telas de calidad, artistas verdaderos y no pacotillas de mercado.

- Bien, deseas tomar algo.

- Creo que ya hemos tomado lo suficiente, ahora te pido me digas cuál es el motivo para esta “reunión”, llamémosle así.

- Hay dos motivos para esta reunión Ackerman, dijo ella cambiando el tono de la voz y la manera de comportarse.

- Me habías dicho que uno, dijo él poniéndose nervioso ante el cambio que ella había mostrado.

- Ambos son parte de lo mismo, pero son dos cosas.

- Bien, sin más misterios Mae por favor.

- Mi nombre es Alison Fiztherber.

- Así que lo de Mae era un seudónimo.

- Sí, necesito su ayuda para sacar a un familiar mío que está preso en este lugar, y le mostró el nombre, el cual conocía perfectamente, era el sitio donde trabajaba.

- Esta persona es paciente aquí.

- No me venga con cuentos doctor, ambos sabemos que es lo que están haciendo allí, se llevan a estas personas y las matan, las masacran como a perros, sus familiares nunca más los vuelven a ver, en nombre de la maldita raza aria, necesito que me ayude.

- Qué puedo hacer.

- Usted es psiquiatra por favor, sáquela de ahí, le dijo casi con lágrimas en los ojos, sé que el paso que sigue es que la trasladen a ese maldito hospital donde se han matado a tantas

personas ya, usted también lo sabe, seguramente habrá oído hablar de eso, pero desde que lo vi supe que era diferente, no, usted no es como ellos.

- Lo siento, no puedo ayudarle.

- Por favor doctor, le dijo tirándose de rodillas sobre él y llorándole.

- Por favor señorita, levántese, sabe en el problema que me metería si saco de allí a un paciente.

- Sé que puede hacerlo, usted es el mejor psiquiatra, diga que le hará una de esas terapias suyas, invente algo, a usted le hacen caso, es un hombre respetable en ese círculo nazi.

- No servirá de nada, ahora nadie puede... lo siento. Dijo parando en seco su declaración.

- Así que es verdad, están matando esas personas, y usted lo sabe, no participe más de eso doctor, ayúdeme, hay personas necesitadas, valiosas que...que están condenadas a la muerte, y ni siquiera están locos doctor, usted lo sabe.

- Yo no tengo que ver con eso señorita, no soy parte de eso, se lo aseguro.

- Ayúdeme, es mi madre doctor, es mi madre, no está loca, sólo se puso mal, por todo esto, la muerte de mi padre, es lo único que tengo en la vida, por favor.

- Señorita.

- Se lo ruego.

Ackermann empezaba a sentir ese vago remordimiento de conciencia al cual le tenía verdadero temor, porque siempre lo había metido en líos, solamente que esta vez no se trataba de ayudar a personas inconvenientes socialmente, sino de meterse en reales problemas, desafiar la ley del propio Tercer Reich. Se le quedó mirando y sintió piedad por sus hermosos ojos llorosos, hinchados, y entonces observó las profundas ojeras que se habían asomado entre el maquillaje corrido.

- Bien veré que hago, pero no le prometo nada, esto es casi que una traición.

- No Ackermann esto es la vida, la peor traición está por llegar.

-

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

Capítulo II. La princesa y el ogro

- No dejo de pensar, que si pudiera hacer caso de mis instintos más íntimos, tal vez, mi destino presente fuese diferente. Estaría en otro lugar casada con... con otra persona, o quizá sería una doctora como usted Ackermann, recuerdo que me gustaba mucho la medicina. Hoy no estaría aquí recostada en este diván, contándole mis desgracias, todas estas desventuras... dejando fluir mis traumas... no. Estaría quien sabe dónde, tal vez sería su colega, estaría salvando vidas, dando esperanzas, dejando fluir mi alma y mi vocación...

Qué difícil se había vuelto para él escuchar con atención a su paciente, sin distraer su mente en imaginar cómo sería sentir su cuerpo cerca, aspirar con vehemencia su aliento, respirar con el alma ese aroma tan suyo. Veía esa boca moverse y solamente pensaba en besarla, en adentrarse en ese exquisito universo. Y a cada palabra suya no dejaba de pensar cómo era posible que una mujer tan exquisita pudiera estar en compañía de un hombre tan terrible y sin clase como el general Otis.

Que complejo se había vuelto mantener una postura objetiva y darle una respuesta satisfactoria al Brigadeführer Otis, quien le había pedido que asistiese a su esposa Dorota. La cual era diecisiete años menor que él, ella exhibía una conducta poco aceptable ante la sociedad alemana, era huraña y se la pasaba en una actitud ensimismada. Entonces podría representar una amenaza para su investidura ante el partido Nazi.

- Es tan embarazoso para mí, desnudar mi alma aquí ante usted doctor Ackermann, pero supongo que no tengo más opción... pues cuanto antes debe usted rendir cuentas y demostrar que ciertamente, estoy “apta mentalmente”, para ser la esposa del gran Brigadeführer Furtwangler, se imagina cómo me siento, es como si fuese una vaca, un ganado que revisan para ser sacrificado. Además, prácticamente me obligan a tener cuatro hijos o más, la ley en este país es una locura doctor.

- Y usted se siente obligada por asuntos morales, nunca ha soñado con tener hijos, eso podría ser un estado deseable en toda mujer.
- No en mi condición doctor, usted no se imagina cómo es.
- No, no puedo imaginarlo, dígame cómo es.
- Más tarde que temprano tendré que convertirme en la abnegada madre de todos los hijos de Alemania, como dice el general.
- Y qué piensa de eso, no está de acuerdo con los postulados del nazismo.
- Si le soy sincera, esos ideales de mujer realizada no es algo que, como le digo, no lo veo como algo deseable, todas las aptitudes y actitudes aprendidas en la Reichbreiteschul, (“Escuela para Novias”) de Frau Scholtz-Klink, me parecen una tontería, aunque esté mal el decirlo para una mujer alemana y casada por demás. Pero si me oyera mi esposo se escandalizaría, o terminaría por mandarme a uno de esos manicomios donde meten a “gente inconveniente”, él tendría que denunciarme por incapaz y ponerme a la orden, ¿no es cierto doctor? Usted sabe de eso ¿verdad?
- A qué se refiere señora.
- A lo que dicen por ahí, que la gente desaparece, políticos, comunistas, judíos, todos los que no cuadren en el programa del Tercer Reich.
- No sé de qué me habla Frau.

Hizo una larga y misteriosa pausa, parecía pensar en algo más mientras miraba el cielo gris que se asomaba a través de los relucientes ventanales, él se preguntaba qué pasaría por esa mente, que a juzgar por su manera de hablar era mucho más lúcido que varias personas que había conocido, sobre todo recientemente. Ella tomó la taza que tenía al lado, en la mesita junto al diván. El aroma del tilo era tranquilizador, sus delicadas manos reposaban en el objeto y parecían de porcelana. Él deseó poder tocarlas y tenerlas estrechadas entre las suyas, sentir la suavidad de esa piel que debía ser como la seda.

Ya comenzaba el invierno berlinés y el frío parecía inclemente, mucho más que en otros años, y

esto contribuía a crear una atmósfera melancólica que ponía los nervios de punta, el cielo gris terminaba de construir el paisaje. Ella seguía mirando callada el cielo mientras sorbía la reconfortante bebida.

- Mmm todo sea por la preservación de la raza pura y suprema, ¿no es así doctor?...
- No lo sé señorita.
- Pero, ¿usted es militante del partido? ¿cierto?
- Tengo amigos allí, y clientes.
- Lo que hablamos aquí ¿es confidencial?
- Por supuesto, mi ética me impide revelar ciertos datos, aunque sinceramente debo darle un informe general a su esposo, para saber su estado de salud.
- Mi estado de salud, ¿usted sabe cómo se llama la enfermedad que tengo?
- Es lo que estamos tratando de averiguar Frau.
- Se llama Volker Otis, general Otis.
- Entonces usted relaciona su problema directamente con su esposo ¿podría explicarme la relación?
- Mi vida está en sus manos... mi destino en su pluma doctor.
- A qué se refiere.
- A que si usted dice que estoy enferma puedo tener el destino de... de muchas personas que he conocido, en una clínica, como una loca cualquiera.
- No señora yo nunca permitiría eso.
- Doctor, si yo me atreviera a contarle todo lo que me pasa, usted mismo se asombraría, se sorprendería de lo bien que estoy, sino no tuviese estos cortes en mis antebrazos...ni estas laceraciones en mis tobillos y muñecas...yo, yo, soy una víctima de lo que usted no se imagina.
- Frau, si no se sincera conmigo no puedo ayudarla.
- Prométame algo doctor.

- Dígame señora.
- Que lo que le voy a contar, por favor, nada de eso a mi esposo, porque ese sería el fin de mi existencia, entonces usted sería el responsable de mi muerte, le dijo abriendo los ojos grandes como platos y un gesto aterrorizado.
- Puede tener la seguridad de eso Frau.
- Dígame usted Doctor Ackermann, ¿alguna vez se ha enamorado? Alguna vez ha sentido esa sensación indescriptible que le abraza como un ángel que le envuelve el alma y le hace recuperar la fe en ser humano... ¿alguna vez ha mirado usted el rostro del amor? dígame Doctor qué se siente, cómo se siente, dónde se siente...
- No lo sabe usted ¿señora?

Se hizo un profundo silencio en el consultorio, que solamente era interrumpido ocasionalmente por el ruido cotidiano de los transeúntes abajo en la calle y en la plaza cercana, caminando cada cual en su mundo, por el sonido de los claxon, de algún auto que transitaba por la avenida, en la cual estaba ubicado el edificio donde funcionaba el consultorio del Doctor Ackermann desde hacía tres años. Ese silencio, en el que se percibía y se sentía una ardua lucha entre dos mentes; una mente aparentemente deprimida y otra seducida ante la belleza encantadora y misteriosa de esa mujer. Una deseaba desesperadamente hallar respuestas, información y otra ansiaba tremendamente confesar su sentir.

Por un instante el doctor se abstraigo en sus propios pensamientos, estaba encaprichado con esos rizos, encantado en como la luz incidía en la dorada seda de su cabello. Su piel era pálida, casi de mármol, parecía uno de esos retratos que había visto una vez en el Museo Louvre, una figura etérea, casi una valquiria, sus ojos verdes armonizaban con la paleta cromática de su piel, de ligeros matices violáceos.

- No Doctor, no lo sé, pero quisiera saberlo, a mis 26 años no tengo idea de lo que es estar enamorada ¿cree usted que es justo eso?
- No sabría decirle, acerca de la justicia humana no tengo una teoría específica, la verdad

no sé si eso exista Frau Furtwangler, la vida es simplemente la vida, y creo que somos nosotros quienes descubrimos y accionamos para volver realidad nuestro destino.

- Soy profundamente infeliz Doctor Ackermann, no se imagina, a veces desearía ser cualquier de esas personas que ve usted en las calles pidiendo, sería más feliz, no me juzgue doctor, yo sé porque le digo las cosas.

- Comprendo su inquietud, Frau, sin embargo, es mi deber recordarle que estamos acá, para usted, mi labor es escucharle e intentar ayudarle, que mi vida personal, en este momento y espacio no es realmente relevante... le pido por favor con todo respeto continúe usted.

- Lo que le pregunto doctor es porque no tengo con quien hablar, estas cosas no las puedo hablar con cualquiera, como comprenderá, no es algo que se pueda decir a Vox Populi, y conociendo de su discreción pues sólo me atrevo a preguntarle a usted de esas cosas, mi esposo Her Furtwangler es un hombre tremendamente posesivo.

André recordó las palabras de Mae sobre el general y lo déspota que podía ser, fue testigo de las atrocidades de las que era capaz, como había sucedido con la madre de Mae. Esa pobre mujer, y que gracias a él habían podido escapar a Estados Unidos. Ahora se preguntaba si el General Furtwangler era capaz de tales atrocidades entonces qué haría con esta pobre mujer, la cual se mostraba desanimada, un tanto perdida y desorientada.

Qué irónicas le resultaban aquellas palabras, esa pregunta lo llevaba a relacionarla con su fallecida esposa a la cual, hasta cierto punto, encontraba parecida a ella, por qué esa mujer le despertaba tanta pasión. Su boca era como una tentación, se imaginaba de un momento a otro abalanzándose sobre ella y besándola profusamente, arrancándole la blusa para adentrarse en ese pecho inmaculado y nacarado.

- No todas las personas aman igual, tal vez su esposo sí la quiere Frau Furtwangler.

Todas las palabras salían de su boca sin que mediara su voluntad. Pues, en realidad, lo que más desea era poderle confesar la profunda pasión que le despertaba, decirle que escaparan de allí juntos, tener consigo a esa hermosa joven de veintiséis años, con el alma rota. Se imaginaba cómo

sería realmente ella si tuviera a su lado un hombre que la amara como sería en realidad esa mujer pálida y atormentada que observaba allí tendida en el diván de su consultorio.

Cada jueves por la tarde, desde hacía tres meses, según lo convenido y a pedido de su esposo, se reunían en ese lugar, en ese apartamento escogido por el general, donde en total privacidad él indagaba sobre la vida de esta mujer, mientras le prometía a Furtwangler averiguar la razón de tormento cuando sabía perfectamente que el peor tormento de esa mujer era él mismo. No entendía los motivos de ese hombre, que estratagema enfermiza se traía entre manos. Luego de ver apalearse a un niño judío en plena calle creía a los oficiales de la SS capaz de todo. Se preguntaba si él también terminaría como una víctima más de esos oficiales, si descubrían que había liberado bajo un diagnóstico falso a la madre de Mae, y a muchos más que había salvado de una muerte inminente. Se preguntaba si podría hacer lo mismo con Frau Furtwangler.

No entendía como un alto oficial de la SS como Furtwangler se arriesgaba a una maniobra potencialmente peligrosa como asistir con su esposa a una consulta psiquiátrica, ¿por qué lo hacía? ¿Cuáles eran sus verdaderas intenciones? Resultaba imposible para el imaginario de la raza suprema que la digna esposa de alguien tan importante estuviese mal de la cabeza, eso era un real desprestigio para un oficial y para el partido Nazi.

Cualquier signo de desequilibrio mental comprometería seriamente su estatus social y político, no podía la raza aria asentarse en genes defectuosos, una esposa debía representar un sitio de equilibrio, salud y orgullo, tener hijos sanos y traer al mundo los genes de la raza aria que serían multiplicados por toda la tierra. Ella representaba la esperanza de prolongar la sociedad germana y llevar al país a su gloria perdida, ella y muchas otras mujeres escogidas entre las mejores familias alemanas.

Él se daba cuenta que esos sentimientos era tontos e inmaduros, Dorota era una mujer casada y de la peor manera posible, no se trataba solamente del estatus social, sino de un peligro para su vida y la de muchas otras personas. No podría ser tan egoísta, y solamente pensar en su propio

beneficio. Aunque todos los jueves imaginaba lo que le diría, sabía que no podía hacerlo, simplemente sería una estupidez.

No podría jamás revelar sus sentimientos, estaban demasiadas cosas en juego, la vida y prestigio de esa dama, la ética laboral, la vida de otras personas y la suya propia. Ese indeseable Volker era el jefe de la división Aktion T4, uno de los programas de eugenesia, en el cual sin querer él había terminado indirectamente trabajando. Le daba escalofríos sólo de imaginarlo, pero por lo menos podía salvar algunas vidas, lo hacía con tanto empeño que no entendía cómo no lo habían descubierto.

Sin embargo, sentía asco al saber cómo sus colegas decidían de un plumazo la existencia de otras personas, a los que consideraban sin más miramientos como débiles mentales, niños enfermos, desechos de la sociedad, escoria que debía ser eliminada. Ya era de conocimiento que en aquel hospital de Brandeburgo ocurrían cosas inimaginables.

Ahora la observaba y no podía quitarse esa idea de la cabeza, ella se le había vuelto una obsesión tremenda, una necesidad que representaba casi sed. Odiaba lo que sus compañeros alemanes estaban haciendo, y al mismo tiempo estaba dentro de ese sucio sistema. Ella era la esposa de ese odiado hombre que se encargaba de matar personas inocentes, y que era tan hipócrita para llevar a escondidas a su propia esposa con un psiquiatra, si fuese otro soldado, si se tratara de cualquier ciudadano alemán no lo habría pensado dos veces para mandarla a uno de sus clínicas especiales, para darle un “tratamiento” adecuado.

- Y bien doctor, se ha quedado muy callado, supongo que eso debe significar algo, espero no sea nada malo.
- No, Frau Furtwangler, solamente quiero oírla, por eso guardo silencio.
- Me pregunto qué pensara de mí, si realmente estoy loca por no querer esta vida.
- No, me pregunto por qué aceptó esta vida si deseaba otra.
- Esa es una buena pregunta doctor, muy buena de hecho, le dijo cambiando por un instante

su expresión.

- Lo siento, Frau no debí decir eso, es que... solamente disculpe, dijo asombrándose de sí mismo al emitir una opinión tan poco profesional. Estoy aquí para usted, para oírla y tatar de ayudarla a sentirse mejor.

Dorota era una esperanza entre tanta oscuridad, le otorgaba vida, llenándole de amor el alma, deseaba entregar su corazón a un cariño verdadero, que le motivara más allá de mirar una y otra vez el retrato de su difunta esposa. Necesitaba algo que le ayudara a salir de las noches interminables recordando la vida que una vez tuvo.

Cada mañana despertaba con la sensación de las horribles pesadillas que por las noches le atormentaban, después de una larga jornada de muertes injustas, tratando de convencerse que despertaría de esa abismal verdad, creyendo que las cosas mejorarían de un momento a otro, que eso se acabaría.

- Tiene razón doctor Ackermann, estamos aquí por mí, para mí... es irónico no...que al fin tenga yo, a alguien dispuesto a escucharme y ayudarme sin reproches. Mi problema es que me han educado para servir, a no exigir nada a los demás, estoy tan acostumbrada a vivir para las necesidades de otros que me cuesta que alguien se sienta a oírme y tratarme tan bien como lo hace usted doctor, así ha sido desde siempre, la escuela de Frau Van Risthofen inculca lo que una buena mujer alemana debe ser, pero siempre me he revelado contra eso.
- Sí, conozco esa escuela y estoy de acuerdo con usted, me parece que esa enseñanza es la cosa más pasada de moda y poco moderna que he visto.
- Así me han instruido señor, estoy tan acostumbrada a servir sin más a los demás, no sé cómo es que incluso me atrevo a tener... a tener ciertos pensamientos, que... no son tan buenos como los que deberían pertenecer a una mujer decente...no sé en qué instante se dio este quiebre, no sé qué detonó esta revolución que llevo dentro...
- A qué se refiere Frau.

- No puedo decirle doctor, es demasiado...vergonzoso.
- Frau necesito que se sincere conmigo, solamente así podré ayudarle.
- He comenzado a fantasear con otro hombre que no es mi esposo.

Nuevamente se hizo el silencio, el doctor Ackermann, parecía cavilar de manera profunda, buscando inútilmente respuestas lógicas. Mientras el frío invernal se encargaba de colarse por las rendijas de su vestuario, pese a tener abrigo y que sus ventanas estaban debidamente selladas. Ese año el invierno se había recrudecido de forma atroz.

- Si le digo la verdad nunca me he considerado una persona convencional, siempre he sido distinta a mis compañeras del Colegio Secundario Kolmorgen. Pues mientras ellas soñaban con parecerse a esa mujer fabulosa del ideario alemán, cuyo deber es mantener los principios del Tercer Reich, ser una profesional de las faenas de la casa... yo deseaba con toda mi alma ser doctora, salvadora de vidas, algo más que una simple incubadora o el soporte de un sobresaliente militar.
- No todas las personas deben ser iguales, todos tenemos derecho a soñar con cosas diferentes.
- Sí, pero el Tercer Reich no deja que las personas sean individuales, todos somos parte de "algo en común" una especie de plan maestro, sólo que a las mujeres nos tocó la peor parte.
- No se crea, hay hombres a quienes les ha tocado la peor parte, le aseguro que hay cosas peores.
- ¿Se refiere a los judíos doctor?
- Sí, y a otras personas más.
- También lo pienso, es horrible lo que le hacen a esas personas.
- Nunca entenderé como el ser superior te da derecho a abusar de otros, si ese fuese el caso, que no lo creo, entonces deberíamos portarnos mejor.
- Pienso igual que usted Doctor, le dijo ella mientras se le iluminaba la cara, pienso que es horrible el hecho que maltraten a esas personas de tan cruel manera, cómo puede decirse

que somos superiores si nos comportamos peor que muchos animales, y...

- Y qué.

- Mi esposo es el peor animal de todos, doctor, lo he visto transformarse en una bestia, es horrible.

- No lo conozco pero si usted lo dice, así debe ser.

- Entonces usted sí me cree, pensé que nadie me creería.

- No es muy necesario ser inteligente para darse cuenta que el General Volker tiene un carácter explosivo y colérico.

- Sabe, otros pueden disimular pero a él simplemente no le importa lo que piensen los demás el general es un hombre a quien no le interesa la opinión de otros, simplemente trabaja en función a propósitos, diría yo que es un hombre de Estado y su única motivación es complacer a el Fuhrer en todo lo que diga, no hay mayor satisfacción para él que esa.

- Me imagino.

- Sabe doctor, siempre me he preguntado qué hay de malo en mí... qué hay de desviado en ello... quizá por eso estoy aquí, junto a usted.

- No hay desviado en usted Frau, créame lo único desviado aquí es este sistema en el que estamos metidos.

- Ya son las siete, doctor.

- Sí, dijo él mirando el reloj con cierta melancolía.

- Entonces nos veremos el jueves siguiente.

- Eso espero doctor, le dijo levantándose con cierto aire de tristeza, contaré las horas.

- ¿Perdón?

- Nada doctor, nos vemos el jueves siguiente.

Al levantarse abrió un poco las piernas dejando entrever su liguero, André sintió un escalofrío en todo su cuerpo, esas sí que eran unas hermosas piernas. No entendía como había tipos estúpidos como Volker, que tenían la suerte de estar con mujeres como esa y no eran capaces de

apreciarla en su magnitud, si él tuviese una mujer así, si sólo la tuviese a ella, la historia sería muy diferente.

Él se quedó mirándola con melancolía mientras salía por la puerta, se sentó y al instante entró el general con su gesto mal encarado. Se sentó y empezó a tamboritear los dedos en el escritorio.

- Y bien Ackermann.
- Hasta donde veo su esposa está bien.
- Maldición Ackermann, dijo dando un golpe contundente en el escritorio.
- Perdón general, a qué se debo esto.
- Todo el tiempo me dice lo mismo, que mi esposa está bien, está bien, y cada día la veo peor.
- Pues yo hablo con ella y la veo muy lúcida.
- Bien Ackermann, usted me está engañando o yo soy al que le falta un tornillo.
- A nadie le falta un tornillo general, es sólo que su esposa...
- Que mi esposa qué, le dijo mirándolo con cólera.
- Su esposa necesita descanso, hay un buen lugar en las afueras de Berlín, es una hacienda, un lugar donde se puede respirar aire fresco, disfrutar de tranquilidad.
- Maldita sea Ackermann necesito una mujer que me sirva para mostrarla en las reuniones sociales del partido, transfórmela en una esposa abnegada, un ejemplo de lo que debe ser la compañera de un oficial alemán.
- Le recuerdo general que su esposa es una persona, no una cosa.
- Y yo le recuerdo que ostento un gran poder.
- Pero el médico soy yo general, por favor le ruego me deje hacer mi trabajo.
- Bien, tenga cuidado doctor, mucho cuidado.
- Sólo hago mi trabajo señor, para el cual usted mismo me ha contratado.
- Bien, apúnteme la dirección de ese lugar que dice.
- Aquí está, le dijo pasándole un papel donde había apuntado el nombre.

- Si la llevo aquí usted vendrá a atenderla.
- Por supuesto señor, es mi deber ayudar a Frau Furtwangler.
- Bien, nos vemos el jueves que viene.

Esa semana la pasó angustiado, pensando en el porvenir de Dorota, y nuevamente fantaseando que le diría la verdad, que se estaba enamorando de ella. Se imaginaba la cara del general, y luego todas las desgracias sucedáneas, podría terminar en un campo de concentración para políticos rebeldes, en un hospital psiquiátrico, o simplemente morir en un cuartel de la SS.

Pasaron los días y no sabía de Dorota, a pesar que era normal que sólo supiera sobre ella los días jueves esta vez se sintió angustiado. Se daba cuenta que su conducta no era normal, estaba volviéndose obsesivo, la relacionaba con cualquier cosa, una esquina, el edificio del partido Nazi, el cuartel de la SS, el edificio donde se reunían, todo parecía estar relacionado con ella.

Se sentía estúpido, ese día decidió hacer algo diferente con relación a su exasperante rutina en el hospital, así que salió más temprano que de costumbre y fue directo a un bar. Allí sentado esperando por una cerveza caliente se sintió extraño. A su alrededor pululaban algunos soldados con sus característicos trajes negros, y alguno que otro oficial con una amiga de turno. No había manera de escapar de toda esa gente, estaban por doquier y se habían apoderado de todos los sitios decentes. Era insultante los carteles que habían colocado al frente “no se aceptan Judíos” era muy claro, años antes algo como eso era inconcebible, los judíos se consideraban ciudadanos respetables, ahora eran poco menos que unas basuras.

Se levantó sintiéndose enfermo, ya no soportaba tanta injusticia, pensaba tal vez en irse a otro país, huir de todo eso, lo único que lo detenía era Dorota, si él se iba qué sería de ella, cómo la ayudaría. Además cómo podría vivir en paz abandonando a la mujer que amaba a la incertidumbre y a expensas de ese monstruo que tenía por esposo.

Recorrió las calles para llegar a su apartamento, el ambiente que se comenzaba a respirar parecía viciado, el frío se acrecentó, le dolía un poco la nariz por la resequedad. Entró en su

edificio, y en la puerta encontró a un soldado de la SS que parecía esperar a alguien, sintió un retorcijón en el estómago.

- ¿Es usted el doctor Ackermann?

- Sí señor, dijo sintiendo el corazón en la boca al ver al alto y musculoso soldado con quijada rectangular y gesto deshumanizado.

- Esto es para usted, le dijo entregándole un papel.

- ¿Qué es esto?

- Se lo manda el general Furtwangler.

- Oh bien, muchas gracias.

El soldado le hizo un gesto con la mano y luego se marchó, entonces él pudo respirar, se recostó contra la pared envejecida de la entrada, mientras se ponía la mano en el pecho y casi sentía la hiperventilación. Pensó que alguien lo había denunciado, que al fin todo acabaría y lo llevarían a un campo de concentración en Oranienburg u otro lugar, donde sería torturado, obligado a confesar quien sabe qué cosa y luego asesinato como un perro, enterrado en alguna fosa común o quemado en una pila de cadáveres.

Cuando recuperó el aliento subió los escalones y al llegar fue directamente a su escritorio a revisar la nota que le había mandado el general. Se sentó en el escritorio y leyó la nota, el general había llevado a Dorota al lugar que le había recomendado, era una hacienda en las afueras de Berlín donde algunas personas iban a descansar, la misma era regentada por una amiga de André Frau Adalia Heller.

Después revisó sus anotaciones en las últimas consultas con Dorota, mi ángel, como le decía para sí mismo, se le antojaba un personaje mitológico, salido de un cuento germano o tal vez una diosa de la mitología nórdica. Se sentía feliz por un lado que ella pudiese respirar unos días de ese hombre insoportable.

Al mismo tiempo se sentía mal, aunque la vería ese jueves por alguna razón sentía una especie de turbación de sólo saber que no estaba Berlín, pensando que era imposible encontrársela en

algún lugar de la ciudad, en un momento específico o que lo llamarían para atenderla, cualquier cosa. Ella se vería hermosa ante la luz de la tarde, ante el débil color parduzco del sol macilento del invierno. Como un ángel entre la nieve, caminando hermosa e imponente, con su mirada de agua pérdida en el horizonte nívoo.

Leyó las anotaciones y le llamó la atención ciertos pasajes:

Día 20 de agosto de 1938:

“Asistí, aunque obligada por mi madre Petra a la Liga de las Jovencitas Alemanas (BDM Brund Deutscher Madchen) de la sección femenina de las Juventudes Hitlerianas, donde me llevaron de campamento, de viaje para que conociera la grandiosa nación alemana. Se me enseñaba historia, la ideología Nazi y se celebraba un modo de vida saludable, y donde, por cierto, mi esposo me vio por primeras y decidió que esa sería el objeto de su **amor sádico...**”

Amor sádico, esas palabras saltaron ante sus ojos, quien sabe que sufrimientos estaría padeciendo en silencio esa mujer, mientras debía disimular ante los demás que era una abnegada esposa de un alto oficial alemán. Qué clase de vida tenía esa pobre mujer, cualquiera se fuese vuelto loco.

Trató de recordar las palabras con las cuales ella debió decir eso, pero no lo recordaba. Pero imaginó que las había pronunciado con un tono de voz y una expresión facial que no dejaba lugar a dudas el dolor que le causaba rememorar este evento crucial de su existencia. El día que se había cruzado con el general su vida se había destruido para siempre. Se imaginaba los avances del sádico hombre ante aquella niña mucho menor que él, y toda la escena le causó arqueadas. Deseó nunca haberse metido con esa gente, si tan sólo hubiese aceptado la oferta de su colega Her Raymond Müller cuando le dijo que se fuera con él a Estados Unidos a la Universidad de Harvard.

Siguió leyendo:

“En lugar de aprovechar tal ocasión para hacerme una mujer normal, mi mente estaba ocupaba

en mis absurdos sueños de ser diferente, de estudiar para convertirme en una profesional de la medicina, como muchas otras mujeres, para luego, conocer al hombre de mi vida... y allí sí formar una familia. Claro, no con tantos hijos, no Doctor Ackermann, yo solo quería tener una niña, que me diera la oportunidad de experimentar el sublime sabor de maternidad, y que al mismo tiempo me permitiera compaginar mi pasión por la medicina... pero supongo, que la Providencia me ha castigado, por ser así de diferente”.

Notaba que ella siempre buscaba un punto de divergencia con su realidad, era extraño, casi como si no perteneciera a ella, la situación era casi teatral, había conocido personas con sufrimientos pero ella parecía estar hablando de otra persona, y no de sí misma. Como si fuese un ser pasivo y disociado.

“Por aquellos días estaba soltera al momento de la guerra, entonces, fui precisada a casarme con Volker Otis, debido a que por la gran movilización de tropas, la procreación de los matrimonios había decaído... y sabe por qué acepté...porque, mi mamá tenía problemas de salud y esa era la única manera de ayudarla, para sacarla de una condena segura. Ella sufría de una pequeña inestabilidad emocional, no estaba loca, ni mucho menos, solamente una leve depresión luego de la muerte de su esposo, pero en esta sociedad alienada cualquier cosa era vista como signo de demencia y debilidad. Otis era la única esperanza de que ella estuviese protegida”.

Era extraño que ella no pensara en otra opción, era algo un tanto inverosímil, quizá por su inexperiencia de la vida. Sonrió con tristeza al comprobar que ella misma había cavado su propia tumba. Pero que en el fondo su sacrificio había sido por amor, y no precisamente a Volker, sino a un ser que valía la pena como lo era su propia madre.

Esta última revelación tomó por sorpresa a André. Este hecho, hizo que su percepción, sobre los pensamientos el proceder moral de Dorota, cambiaran de un modo dramático, sin duda, representó un alivio para su alma atrapada, ella era casi una heroína, una mujer valiente. Y la admiró más, su sentimiento creció más aún.

“Mi tío Heinrich me llevó a una de las tantas fiestas promovidas por el partido, donde se daban

todas las facilidades para que los asistentes dieran rienda suelta a sus hormonas. Era algo totalmente asqueroso, muchas de las chicas asistentes eran luego enviadas a los programas de Lebensborn, donde una amiga me dijo que se recibían a las mujeres embarazadas, las cuales no tenían como mantener a sus hijos. Cuando supe eso le pedí a mi tío que me sacara inmediatamente de allí, pero fue demasiado tarde, Volker me había visto y me impidió salir”

Asco, eso era lo que sentía Ackermann mientras leía esas letras, se imaginaba al maldito de Volker abusando de esa pequeña y hermosa chica.

Prosiguió leyendo:

“Volker el gran Volker, para muchos un excelente general de Hitler, uno de los mejores en cumplir sus designios, aunque sean de lo más absurdos. Por supuesto él no me cuenta nada, pero intuí cosas, no soy estúpida doctor, aunque quizá deba fingir serlo. Volker en realidad no es más que un maldito sádico... un incapaz acomplejado... un intento de hombre que hasta el día de hoy... luego de tres años de matrimonio prácticamente no ha estado conmigo, sencillamente le cuesta mucho, se le hace difícil tener una erección, porque él, como le diría, finge que le gustan las mujeres, pero, pero...lo que le motiva son los hombres”.

Cerró sus escritos, porque se le hacía ya insoportable seguir leyéndolos, no quería repasarlos más, aunque había cosas que no podía sacarse de la cabeza, todo era realmente terrible y deseaba matar a ese hombre, era un completo idiota, que no sabía valorar a un increíble mujer como esa. Él era un hombre de ciencia, una persona pacífica pero con ese hombre sentía que perdía la cordura, era la primera vez que deseó golpear a un ser humano, aunque en el caso de Otis no podría merecer ese calificativo, él era más bien como un monstruo, un ogro que tenía presa a la princesa, aunque sonara como una comparación estúpida.

Se sentó, puso los codos en la mesa y luego hundió la cara entre sus brazos cruzados, estuvo así largo rato. Luego lloró de rabia y frustración, golpeó con fuerza la mesa lastimándose los nudillos, entonces tiró el cuaderno de notas lejos de sí. Eso era tan antiprofesional, dejarse afectar emocionalmente por la situación de una paciente. Y mucho menos enamorarse de una, eso era

completamente inaceptable.

Estuvo así un rato más, y luego se fue a la cama realmente deprimido, sin ganas de comer, sintiéndose miserable y vacío. Tomó un té de tilo y entonces se recostó en la cama, su último pensamiento fue para Dorota, y deseaba que ella estuviera bien, que consiguiera una manera de alejarse de ese hombre asqueroso.

El miércoles partió para la hacienda, el propio general había enviado a uno de sus escoltas a buscar a Ackermann, de forma tal que no tuviese ninguna excusa para abandonar sus deberes. A él le brincaba el corazón de felicidad al saber que por fin vería a Dorota.

Cuando llegó se bajó emocionado, cobrando conciencia que debía disimular sus emociones para no delatarse. Su corazón latía fuertemente, pensó que la vería en la puerta, pero no estaba por ningún lado, eso le dejó una sensación de desilusión, pero luego comprendió que sin el general Otis por allí estaría mal visto que una mujer casada como ella se viera a solas con un hombre.

En su habitación se consoló pensando en qué parte de la casa estaría, se asomó por la ventana y el paisaje nevado se veía totalmente bucólico. De pronto, divisó una figura en la distancia, era una persona que llevaba un rifle al hombro, se notaba audaz, de paso seguro y llevaba algunas liebres por caza a cuestas. Le llamó la atención que alguien anduviese por allí en pleno hirviendo, cazando, había que ser muy astuto y hábil para hacer eso. En principio pensó que tal vez era el general Otis, porque solamente una persona entrenada podría estar tan tranquilamente en ese bosque, así que el experimentado, alto y esbelto hombre estaría más que preparado para tal hazaña. Pero al acercarse vio con asombro que la figura tenía un paso más suave y ligero.

- Por Dios santo, se dijo, es... es...

No cabía de su asombro al ver acercarse a una mujer, blanca y rubia, segura de sí misma y con paso decidido. Esa persona que se aproximaba y que con toda seguridad llevaba su presa al hombro como cualquier cosa no se cotejaba con aquella mujer insegura y sufrida que había percibido en sus sesiones.

- Buenos días Frau, oyó la voz de la cocinera.

- Buenos días Frau Geiler
- Buenas días Frau Furtwangler, dijo Frau Heller
- Buenos días Frau Heller, le dijo con una voz decidida.
- ¿Va a desayunar?
- Sí Frau Heller, gracias.
- Le preparé su tarta favorita de chocolate.
- Gracias, me arreglo y bajo enseguida.
- Ah, eh el doctor, doctor... eh
- ¿Ackermann?
- Sí, está aquí, llegó muy temprano.
- Oh, bien Frau Heller, gracias por avisarme, le dijo parcamente, y luego se retiró a sus habitaciones.

André se sintió un poco decepcionado, pero luego razonó que no podía mostrar ninguna emoción en particular, era peligroso decir o mostrar alguna alegría o afecto desmesurado, porque habían ojos en todos lados y oídos en todas partes, era terrible. Se recostó en la cama y miró al techo, se podía decir que se sentía ahogado, pero sin embargo una tonta ilusión seguía en su pecho, esa mujer, esa diana cazadora no era ni remotamente una princesa en apuros, definitivamente el ogro se había equivocado de víctima, y entonces sonrió con plena satisfacción.

Capítulo III. El principio del fin

Ese día jueves vibraba de la emoción, no sabía por qué estaba tan particularmente animado, tal vez por el cambio de ambiente, como si eso pudiera alterar quienes eran ellos y les permitiera vivir otra existencia. Volker Otis no estaba por ninguna parte, y eso también le hacía sentir mucho más emocionado, era la primera vez que podría verla sin que ese hombre estuviera en alguna parte con su terrible cara observando y supervisándoles.

Eran las 5 en punto cuando en Frau Heller le dijo que la señora lo estaba esperando en la oficina, el corazón le brincó y sintió un aceleramiento infantil, como si fuese nuevamente un tonto adolescente enamorado por primera vez. Tocó la puerta y escuchó la voz de la mujer diciéndole que entrara.

- Buenas tardes Frau Furtwangler.

- Buenas tardes, doctor Ackermann, pase adelante le dijo con seguridad, y él se asombró de ver su actitud, y además le sorprendió que estuviera fumando con una actitud de mujer mundana.

- Cómo ha estado Frau Furtwangler.

- Muy bien doctor, usted tenía razón, me he sentido mucho mejor. Este lugar es excelente y Frau Heller ha sido muy buena conmigo, es una excelente anfitriona. Por favor cierre la puerta.

- Y... su esposo.

- Está en Berlín, asuntos del Reich, esa es su prioridad, aunque francamente creo que esos “asuntos” tienen más relación con alguna persona, usted me entiende, más que con política propiamente, jajajajaja el muy desgraciado, mujer u hombre que más da ¿no doctor?

- No diga eso.

- Por favor, doctor, eso es un secreto a voces, mi esposo no se cuida de dejarse ver con cualquiera de estas chicas, al contrario le conviene que lo vean con ellas, debe mantener cierta reputación así sus verdaderas aficiones pasen desapercibidas. Esas mujercitas se acuestan con los oficiales para obtener cualquier tipo de beneficios, si le soy sincera no me importa en lo absoluto.
- Lo siento, señora.
- No se preocupe doctor, al general no le habrá dado tiempo de poner nada por aquí, ningún recurso de espionaje, así que podemos hablar libremente si así lo queremos.
- Excelente.
- Usted me dirá, o... tengo que comenzar por algún punto específico.
- Como usted desee Frau, pero...déjeme hacerle la observación que es francamente impresionante verla aquí, es casi una persona diferente.
- El aire de campo me sienta bien, usted tenía razón.
- El aire de campo es una cosa Frau, pero ese aire no lo convierte a uno en cazador experto, y menos para adentrarse solo en un bosque invernal, eso no se logra de esa manera.
- Doctor, yo no soy una mujer de familia rica, mis padre vivían en el campo, aprendí a cazar con mi padre, en un lugar de Baviera, allí un amigo suyo tenía un coto de caza, se sorprenderá de las cosas que una chica puede aprender si se lo propone.
- Estoy seguro de ello, y déjeme decirle que...me gusta más esta mujer que he visto ahora.
- Ah, así que usted me espiaba doctor.
- No, para nada, yo...
- Jajajajaa, sólo bromeaba.
- Frau Furtwangler nunca la había visto así, creo que de hecho nunca la había visto reírse.
- Últimamente no hay espacio para la risa.
- Es cierto.
- Creo que el Fuhrer tiene planes para la gran Alemania, espero que esos planes no nos afecten a nosotros.

- Y yo creo que si los tiene va a ser difícil que de alguna forma eso no nos afecte Frau.
- Así que...hablando de temas más ligeros, su arquetipo es Diana Cazadora.
- Veo que usted es una mujer nutrida Frau.
- Hasta donde las circunstancias lo permiten.
- La verdad no me da esa impresión, creo que usted es una mujer fascinante, y luego miró al piso dándose cuenta de su torpeza.
- No se preocupe doctor, al contrario hacía mucho tiempo que un hombre interesante no me hacía un halago, y su mirada era otra vez distinta, como si esta mujer fuese otra a la cual nunca había conocido.
- Frau Furtwangler usted me sorprende, parece otra, no sé cómo explicarlo.
- Todos somos otros ¿no lo cree doctor?
- Todos somos otros, repitió, eso suena interesante, es una aseveración muy interesante.
- Así es, pero quisiera retomar otro discurso que tuvimos anteriormente, dijo levantándose con aire desenvuelto, ¿se recuerda?

Ackermann comenzó a pensar que esta mujer podría sufrir de algún trastorno de la personalidad, porque esta que tenía al frente no parecía tener nada en común con la damisela en peligro que había visto en las sesiones. Observó su lenguaje corporal y evidentemente era distinto, eso era algo que no podía fingirse.

- Le conté que he empezado a fantasear con otro hombre que no es mi esposo.
- Sí, lo recuerdo, dijo con parquedad.
- ¿Le escandaliza?
- No, recuerde que soy médico, mi trabajo es escuchar lo que usted me diga, y no juzgarla.
- Sabe que haría Volker si se enterara de esto.
- Algo malo supongo.
- Y tal vez piense que es por celos o peor aún por amor.

- ¿No cree que su esposo la ame?
- Amarme, claro que no, ese desgraciado no sabe lo que es amar, creo que el único afecto que tiene es a ese perro que tiene en su casa, y eso porque el Fuhrer en persona se lo regaló, sino, no sé qué sería de ese pobre animal. Bueno eso y, y cierto oficial jajajaaja muy amigo suyo.
- Eh, bien, entonces de acuerdo a usted si hiciera algo malo, cuál sería la causa.
- Obviamente orgullo doctor, es único motor que mueve a personas como el general.
- Bien.
- Y a usted qué lo mueve doctor.
- ¿Perdón?
- Qué lo mueve, la ciencia, las teorías humanistas, el perdón, la belleza, la culpa...o...el amor quizá.
- Usted ¿juega?
- Jugar, depende, hay buenos juegos y juegos malos doctor, al jugar debe asegurarse que sabe hacerlo, sino puede salir muy mal.
- Habla usted como una jugadora experta Frau Dorota.
- Y usted habla como alguien que sabe más de lo que dice, qué le ofreció mi esposo, y qué información le suministra.
- Sólo lo que es profesional decirle, tenga por seguro que nada de esto sabrá.
- Jajajajajaa, bien doctor, bien, entonces nada de lo que diga o haga aquí lo sabrá mi esposo.
- Así es Frau Dorota.
- Entonces llámame Dorota, le dijo acercándosele de pronto.
- Frau Furtwangler, dijo tratando de retroceder, qué hace.
- Crees que no me he dado cuenta la manera como me miras, se nota a leguas y no sabes fingir. Te has salvado porque el general es un completo timorato y se ve mucho más listo de lo que es realmente.

- Frau...yo, dijo tratando de zafarse mientras la mujer lo tomaba por el cuello de la camisa.
- Dorota, no es así como has deseado decirme André ¿o prefieres que te diga Doctor? Ah André, es así como te gusta jugar, es así como quieres que juguemos. Entonces se abalanzó sobre él y lo besó con pasión en los labios.
- Frau, yo... no...
- No digas nada solamente déjate llevar por esos sentimientos que sé tienes por mí desde hace tanto tiempo, desde aquella noche en que nos cruzamos en aquella reunión, vamos, déjate llevar le dijo, y su mano bajó hasta su entrepierna y comenzó a acariciarla sabiamente, justo como él había soñado que alguien lo hiciera toda su respetable vida.
- Ohhh, gimió él, dejándose llevar por la pasión.

Entonces su mano tomó los muslos de ella y avanzó hasta su parte íntima, no había tiempo para rodeos, sus cuerpos se buscaron con ardiente pasión, ella le bajó con destreza el pantalón y se enroscó alrededor de él, sin quitarse la ropa se bajó los pantis y se subió en su regazo. Allí ambos comenzaron a disfrutar de esa sensación que tanto habían deseado por meses. Casi no podía creerlo, pensó que estaba soñando, pero era cierto, era ella, Dorota haciendo el amor, esta vez era real y no un mero producto de su imaginación.

Era una mujer increíble, aunque no la estaba viendo completamente desnuda sus piernas eran largas, hermosas, era una sílfide exquisita, y realmente hábil para suministrar placer. Cómo era posible que ese portento fuese la misma mujer tímida de antes, aquella que rehuía una mirada directa, que siempre parecía tener los ojos en el piso, una tímida violeta.

La sensación era maravillosa, estar dentro de ella era algo del otro mundo, muy diferente a lo que había imaginado, ella no era un ángel en la nieve, ni mucho menos. Por lo contrario, era más bien como una valquiria, poderosa, que sabía lo que quería y estaba preparada para darlo a entender y mostrarlo, sin miramientos ni remilgos. Así estuvieron moviéndose cada vez con más fuerza hasta que ella sintió el apremio del orgasmo, y luego al fin experimentó el delicioso desahogo de la eyaculación. Por fin había estado dentro de ella, soñó tantas veces, y al fin era

real, esa mujer poderosa sobre él, se sentía en la gloria.

Ella se levantó y se quedó mirándolo con una sonrisa, entonces le ofreció un cigarrillo de los que tenía en el escritorio.

- No fumo.

- Vamos doctor, después de esto es necesario hacerlo, es una tradición, nunca lo has hecho, dijo exhalando el humo de una forma muy erótica, casi orgásmica.

- Esto es...

- Delicioso, hacer el amor es la cosa más deliciosa del mundo, tenemos tiempo para una vez más Ackermann, sólo que esta vez me gustaría aquí, dijo señalando el escritorio, y tú sobre mí, ¿no te parece? Sería increíble, seguro que lo has imaginado antes.

- Sí, en realidad lo es, pero no me refiero a eso.

- Entonces a qué te refieres André.

- A ti, ¿quién eres? Tú no eres la persona que conozco, la que he estado tratando durante tanto tiempo.

- Sabes quién soy, sabes mejor que nadie quien soy.

- Eso no es cierto, dijo levantándose y arreglándose la ropa, por quien me tomas, soy un médico, un médico, esta persona que ahora está delante de mí no es ni remotamente la mujer que atendí en las sesiones, ni la que vi en la reunión del partido esa noche.

- Jajajajajaa, vaya doctor, eres muy perspicaz, entonces, según tú, quien soy.

- No lo sé, por eso precisamente lo pregunto, a qué juegas, y qué es todo esto.

- ¿Te gusta jugar doctor Ackermann? ¿eres de esos que le gustan los juegos?

- No así, no si no entiendo el juego.

- ¿Quieres entenderlo? Jajajajajaa, creo que podrías, eres un hombre brillante, según creo.

- Sí, no me gusta ser un juguete de nadie.

- Nunca haría eso contigo, me gustas, desde el primer momento que te vi, eres distinto a toda esta basura que te rodea, desde que te vi en la fiesta, y...por todo lo que has hecho.

- A qué se refiere.
- Después de lo que pasó puedes tutearme ¿no lo crees? Ya no soy la gran y sufrida señora Furtwangler- Holmberg, ahora soy una mujer aquí ante ti, que te hizo disfrutar como nunca, lo sé, creo que lo has disfrutado en grande, y créeme que yo también lo he hecho, eres un muy buen amante Ackermann, podría acostumbrarme a ti, muy pronto.
- La verdad no sé quién eres, obviamente no la “sufrida señora” pero tampoco sé quién eres, no sé quién eres, a ver.
- Jajajajaa, me gusta tu energía Ackermann, eres un hombre enérgico sin ser un machista invasivo y repugnante como Volker. Te necesito Ackermann, necesitamos a alguien como tú.
- Necesitan, de qué rayos me hablas.
- Jajajajaja Mae ¿recuerdas a Mae? La sexy pelirroja y hermosa Mae, con la cual te fuiste muy animado esa noche.
- Sí, dijo tratando de unir los cabos sueltos, pero me fui con ella así en ese sentido, ni tampoco hicimos nada juntos, yo...
- Tranquilo Ackermann, no tienes porque dame explicaciones, no es necesario. Ayudaste a una persona muy importante, y has colaborado con muchas más, un nazista jamás haría algo como eso, nadie ayudaría a unos perros judíos ¿no es cierto? Se ha demostrado científicamente que son menos que escoria, y que ustedes los alemanes, dijo tomando otro cigarrillo y sentándose en el escritorio, son la máxima supremacía de las razas, de todas las malditas razas del mundo jajajajajaja, oh sí los arios, y venga a usted a saber qué cosas más, los estúpidos atlantes, seres superiores que provienen de una región olvidada, vaya, qué manera de alimentarse el ego ¿no es cierto Ackermann?
- Eso, eso han dicho.
- Ackermann no me digas que tú también crees en esas estupideces, no me decepciones por favor.
- Rayos no, pero ¿por qué dices ustedes? Como si tú también no fueses alemana, mírate no

creo que haya alguien más aria que tú, eres el perfecto ejemplo de una hermosa rubia del este.

- Jajajajajaja Oh, Ackermann, Ackermann.

- ¿Qué? Por qué la risa.

- Sabes, me alegra saber que hay personas distintas, que todos los alemanes no son iguales, que no todos odian a las personas o se mantienen indiferentes ante el sufrimiento, tú eres distinto André Ackermann, te he probado y eres diferente, sabes dónde queda esta calle, le dijo mostrando un mapa de Berlín que estaba en el escritorio.

- Sí, por supuesto. He transitado por allí muchas veces.

- Necesito que vayas aquí, entiendes, es muy importante, tienes que ir aquí y pregunta por Johann Koch, y él te explicará todo, todo lo que necesitas saber, o lo que quieres saber.

- No entiendo de qué trata todo esto, pensé que eras una persona que...

- Te gusta salvar personas, damiselas en peligro, toda tu vida Ackermann, ¿por eso te gustaba? ¿Por ser una mujer sufriendo, una pobre esposa alemana? Sí, te gusta eso, una mujer tímida, una flor, alguien a quien enseñar, cuidar, jajajaja después de todo eres un hombre tradicional, chapado a la antigua, caballero.

- No, me gustas mucho, y ...

- Y qué.

- Que te equivocas, en realidad me gustaste más luego que vi que no era de esa forma, ayer cuando venías de la caza y noté que no eras la misma mujer, que esta Dorota era decidida y atrevida, fuerte, me gustaste más que antes.

- Bien, entonces me sorprendes, y por eso mismo me pareces más interesante de lo que creí.

- Pensaste que era un tipo convencional y nada más.

- Algo así, le dijo mirándolo de lado, que te puedo decir es lo que pareces, jajajaa, disculpa, no quiere decir que eso sea malo cariño.

- Eres encantadora, sabes, le dijo admirado con su seguridad.

- Te diré lo que haremos de ahora en adelante.

- Dime.
- Bien, le dirás a mi esposo que estoy bien, y yo me portaré como si me hubiese curado.
- Es decir, que nunca estuviste enferma.
- Jajajaja Ackermann, Ackermann, para ser un hombre de ciencia y que de paso que estudia la personalidad humana pareces muy despistado, y disculpa que lo diga de esa manera tan poco civilizada para los modismos alemanes que tanto parecen gustarte.
- Eres una mujer fascinante, le dijo completamente sorprendido, pero la psicología no es una ciencia exacta, los diagnósticos son variables, tanto como que se trabaja con personas, seres subjetivos Dorota. Así que me engañaste, estuviste fingiendo que estabas enferma.
- Cómo rayos se suponía que iba a contactar contigo si no me fingía así.
- Pero, pero te arriesgaste, si te hubiesen mandado a una clínica, te habrían matado, o... no quiero ni imaginarlo, no, dijo sobándose la cabeza.

Ella sonrió sexymente de medio lado, y volvió a fumar su cigarro con completa despreocupación, como si estuvieran hablando de la cosa más trivial del mundo.

- Estoy preparada para todo, Otis jamás lo iba a hacer, siempre voy un paso adelante.
- Ya lo veo, pero... por qué estás tan segura, cómo lo sabes, cómo puedes saber qué harán las personas.
- Simplemente conozco a los hombres como él, y sobre todo lo conozco a él, lo he estudiado por mucho tiempo.
- ¿Estudiado? Tú parece conocer a todo el mundo, pero yo no tengo la menor idea de quién eres.
- Mientras menos sepas menos te arriesgas, créeme Ackermann hay cosas que es mejor no saber nunca en la vida.
- Como que me estoy enamorando de ti Dorota.
- Ackermann te has enamorado de algo que está en tu mente, tal vez sea porque casualmente me parezco a tu esposa, quizá sea por eso, o porque creías que era una víctima de un

hombre, esas ansias protectoras tuyas.

- Así que todo esto ha estado calculado.

- No digas eso, me gustas, y mucho, pero por ahora concentrémonos en esto, no podemos hablar más, el tiempo corre, ve al lugar que te dije y allí se te dirá lo siguiente, sólo necesitas saber por ahora que te necesitamos para ayudar a varias personas, gente que está atrapada aquí, ante un conflicto inminente.

- Cuál conflicto.

- Se te dirá a su tiempo las cosas Ackermann, ten paciencia.

- ¿No te volveré a ver?

- Es difícil saberlo, pero te daré un recuerdo, entonces se devolvió y lo besó ardientemente.

- Es difícil no pensar en ti con todo esto, necesito volver a verte, puedo decir que necesitas consultas adicionales, que, es por control, seguramente se te ocurrirá alguna cosa creíble.

- Las que sean necesarias para que Volker no sospeche, pero ya mi objetivo ha sido cubierto.

- Yo soy el objetivo, siempre lo he sido.

- Ciertamente.

- Y esa tal Mae, que tiene que ver en todo esto.

- Ahora no puedo decírtelo.

Aquella confesión, revelaba a André un capítulo en la vida de Dorota que no conocía, pero que presentía al menos en un plano subconsciente, debido a que, en las sesiones anteriores, entre las palabras que ella pronunciaba y los relatos de su vida parecía ser alguien contando una historia ajena, como si se estuviese desdoblando, cosa poco común en una paciente con indicios de maltrato como al parecer era ella.

Le molestaba al mismo tiempo que mientras él discurría durante las madrugadas pensando en ella, soñando con esos días jueves, sintiendo ansias, devanándose la cabeza para hacer mil interpretaciones, todo por cuanto había llorado y sufrido no era más que una farsa. Y el que ahora le asomara esas pistas se debía a que era un objetivo necesario, su posición y lugar le hacían un

instrumento competente, pero no sabía exactamente para qué.

No se trataba de una mujer maltratada abriéndose ante el vínculo terapeuta-paciente que él se había imaginado, era más bien un pobre incauto que había caído en el influjo de una misteriosa y sexy mujer, a quien no conocía, pero que sabía con toda certeza que deseaba hacerlo en profundidad. Si hubiese sido otra persona habría escapado de esa trampa mortal, pero se había enamorado, no de la paciente, la mujer débil y dominada, sino de esta, la audaz y sensual extraña que le había hecho sentir el mayor placer sexual que experimentó en toda su vida.

- Todas las lesiones, te las hiciste para...
- De qué otra forma podría hacer creíble mi malestar, los golpes, para Otis era yo misma, y para ti sería probablemente él quien me pegara, sólo necesitaba eso, tú sacarías las elucubraciones.
- Es usted, Dorota, una artífice del engaño.
- Y yo le recuerdo que usted es un hombre muy inteligente Ackermann, seguro su instinto le decía algo, sólo que estaba obnubilado con la vieja historia de la princesa y el ogro ¿no es así?
- Ciertamente, señora, y ciertamente que me ha analizado muy bien.
- Tengo muy buen instinto.
- Lo suyo es más que instinto, de eso estoy seguro.
- Bien por usted mi querido y buen amante doctor Ackermann.
- Quiero saber quién eres realmente.
- Sabes qué me gustaría saber, quisiera detenerme acá y pedirte que me describas cómo te gusta hacer el amor, que sensaciones has experimentado... qué te agrada... qué te desagrada... cuáles son tus ritos y costumbres... cuéntame lo que desees y hasta donde lo desees.
- Eres una mujer muy diferente a... a yodo lo que pensé de ti.
- Jajajajajaaja, sabes tu voz me envuelve, es tan dulce, nunca estuve con un hombre como tú,

y eso me encanta, eres verdad, y eso es lo que necesitamos hoy en día, verdad, todo lo que ves a tu alrededor son puras mentiras, donde metas la cabeza hay basura, la peor basura que tú puedas imaginar.

- Deja las adulaciones, y deja de darme vueltas, quién eres.
- Se hizo difícil, muy difícil Ackermann, pero al fin estamos aquí tú y yo, cara a cara, esos estúpidos cortes, mis fingidos desmayos y desvaríos, y otras cosas más que no imaginas, pero al fin estás aquí ante mí, he leído tanto sobre ti, en innumerables ocasiones pensé que eras una mentira, que no eras más que otro de ese equipo de eugenesia, otro más como ese Dr. Heinrich Gross y Reich Bouhler y el Dr. Brandt en el Programa Eugenesia, ellos, esos malditos y su “muerte misericordiosa” ¡por todos los cielos!
- Y su madre Frau Petra Holmberg, dónde está.
- Jajajajaja me imagino que muy bien, en algún lugar de Estados Unidos, tomando una buena copa de Oporto, el mejor vino para ella, es una mujer de campo que le puede decir, no cambiaría eso por el mejor champán del mundo.
- No entiendo, todo esto, cielos, me siento muy confundido.
- No es necesario entender Ackermann, sino actuar, estamos perdiendo tiempo, yo, tengo que retirarme, sino puedo ponerte en riesgo.
- En riesgo, de qué.
- De todo Ackermann, de todo lo que te puedas imaginar, y agrégale más aún si te falta creatividad.
- A su esposo le importa mucho ese certificado de salud mental.
- Sí, lo sé, y usted lo emitirá y mientras él está entretenido en sus “planes” yo lo estaré en los míos, le dijo rozándole ligeramente la entrepierna.

Ackermann sintió un escalofrío en todo el cuerpo, esa mujer lo volvía loco, le transmitía una sensación erótica que jamás había sentido. Se dio cuenta que ella era una mujer de mundo, que sabía exactamente lo que quería e iba por ello sin el menor miramiento.

- Yo sólo he sido una ficha en todo eso, es desalentador.

- Quieres que te diga algo que te sorprenderá.
- Dime.
- Nunca imaginé que al conocerte me gustarías tanto, ni que fuese precisamente el cerdo de Vólker el que me permitiría estar cerca de ti, de alguien tan especial como tú André Ackermann.
- Como sé que lo que me dices no es más que otra de tus actuaciones.
- No tengo que probarte nada Ackermann, créelo si quieres, pero esa es mi verdad. Por qué crees que estamos aquí.
- Porque necesitabas de un ambiente neutral para poder informarme de “mi misión” o como quieras llamarle.
- Sí, en parte, pero lo demás.
- Un incentivo para convencerme supongo.
- No necesitaba de eso para hacerlo, tú te mueves por la compasión André, no por la lujuria.
- Así que esa era la función de Mae.
- Jajajajaaj eres muy inteligente Ackermann.
- Di en el clavo, la tal Mae era parte del plan también, es increíble, me siento como un completo estúpido, me puse en peligro...
- Y no te importó con tal de ayudar a una persona necesitada.
- Y esa mujer estaba loca de verdad o también era mentira.
- Esa mujer no estaba loca, la quisieron volver loca que es diferente, es... es una presa política Ackermann, y no te diré más nada.
- Dime quién eres.
- Ackermann, te dije que...
- Por favor.
- Ella caminó hasta él y en su oído pronunció un nombre para él desconocido: Lucinda Washl, ese es mi nombre.
- ¿Estadounidense?

- Inglesa.

Ackermann se le quedó mirando como si la acabase de conocerla, aspiró su aroma y entonces le dio un apasionado beso en los labios. Ella se dejó y luego se arregló y avanzó hasta la puerta lentamente. Se volteó, le sonrió con cierta melancolía, y entonces salió. André no salía de su asombro había sido engañado como un niño, se sentía completamente perdido y desubicado. Pero si de algo estaba seguro era que esa mujer le encantaba, y estaría dispuesto a cualquier cosa con tal de tenerla, por estar a su lado siempre. Sintió que para él era el principio del fin, pero no le importó.

Continuará...

Esta historia es parte de una saga que se complementa con los siguientes libros:

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 2

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 3

Te agradeceríamos muchísimo si nos puedes dejar un comentario sobre el libro en la plataforma donde lo adquiriste, ya que eso nos ayudará a que otras personas puedan obtenerlo también.

Gracias :)

Asimismo, a continuación te compartimos una lista otros libros de nuestra producción:

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.

Autora: Mercedes Franco

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico

Autora: Isabel Danon

Atracción Inesperada

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Las Intrigas de la Fama

Autora: Mercedes Franco

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos

Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.

Autora: Mercedes Franco

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.